

Ladronas de musas.



Raquel Vidal Fernández

Toda gran historia empieza con algo realmente asombroso o digno de nuestra atención, pero yo os voy a contar una historia diferente, en un lugar diferente, donde la mayor tristeza es no saber si la batalla es contra ti o contigo, y la mayor alegría es tener a alguien al lado con quien poder compartir cada segundo, porque a veces las cosas no suceden como uno quiere, pero siempre podemos aprender a querer lo que sucede, a nadie le importa ya si el Sol sale al día siguiente, quiero que veáis como siempre podemos sacar algo positivo de cualquier situación, porque somos capaces de hacer cosas realmente inimaginables, solo tenemos que creernos lo suficientemente locos como para intentarlo.

Aquí comienza mi historia...

Era 21 de Junio, el día que comienza el verano y una noche en la que puede pasar cualquier cosa y con cualquier cosa me refiero a cosas realmente asombrosas.

Yo estaba sentada en el patio del instituto con Lea, mi mejor amiga. Por cierto mi nombre es Clío, es un poco extraño, pero supongo que ya me he acostumbrado a él y la verdad es que creo que no me lo cambiaría.

No tengo más amigos aparte de Lea y eso es un poco triste, las demás personas no me hablan o no me aceptan, quizás por ser diferente a ellos. He aprendido a llevarlo yo sola, para no preocupar a mis padres, pero a veces se hace un poco pesado el ver como nadie se acerca a ti, pero sobre todo por el miedo a no ser bien recibida.

Lea y yo estuvimos hablando de cómo algún día las dos haríamos grandes cosas. Ella quería ser una gran doctora, para curar a su tía enferma, y yo aún no lo tenía muy claro. Al poco rato sonó el timbre que indicaba que comenzaba la siguiente clase, matemáticas o tal vez lengua. Pasaron muy despacio las horas posteriores, excepto por Axel, un chico muy guapo de mi clase, que aunque nunca me habla a mí me "cae muy bien". Muchas veces he intentado hablar con él pero al final nunca me he atrevido por los nervios o por si no me respondía. Axel me había sonreído un par de veces, pero yo no le di mucha importancia a aquello.

Al fin llegó el momento de ir a casa, saludé a papá, a mamá y a mi hermana con un ligero beso en la frente, dejé mis cosas y me senté a la mesa. Después de comer subí a mi cuarto y puse música, me tumbé en la cama y mire al techo durante un rato, sin pensar en nada en concreto.

Mamá entró en la habitación, para que bajara un poco el volumen de la música, porque quería decirme algo. La bajé.

-¿Qué pasa mamá?

-Quería darte un adelanto del regalo de tu cumpleaños porque he pensado que te gustaría tenerlo ya.

-¿Qué es? Otro peluche no por favor...

-No, no es otro peluche, gruñona –dijo mi madre dándome el regalo- lleva cuidado, es frágil.

Lo abrí... Me quedé sin palabras...

-Te quiero mama, muchas gracias.

Después de decirme que ella también me quería, salió de la habitación, y yo me dirigí al desván, me costó abrir la puerta, pero finalmente conseguí entrar.

-¿Dónde las habré puesto? –pensé-.

Al rato de estar buscando encontré la cajita donde las guardó papá.

¡Ay, no os he dicho que era! Mi padre antes viajaba mucho por trabajo, digo antes porque en un viaje a Messina tuvo un accidente y desde entonces no le gusta ir muy lejos, en uno de esos viajes decidió traerme una de las nueve musas de Apolo, concretamente Polimnia, la musa de los cantos sagrados y la poesía sacra. Desde ese día mi padre me trajo seis más en sus viajes por el mundo, a mí también me encantaría viajar lejos pero aún no puedo...

Mi madre sabe lo que me gusta coleccionarlas y buscó todas las formas posibles por conseguirme una nueva, Talía, la musa de la comedia y de la poesía bucólica. Ya solo me falta una para hacer las nueve, que casualmente se llama como yo, o más bien yo me llamo como ella.

Me fijé bien en la cajita, 1, 2, 3...7.

- ¡Oh no! ¡Falta una!

Bajé corriendo al jardín de atrás donde estaba mi madre con papá y una amiga de la familia.

-Mamá, mamá una musa no está en la caja, ¿La has cogido tú? No la encuentro por ningún lado, no está en el desván y en mi cuarto tampoco.

-No, pero tranquila, seguro que aparece por algún lado, ahí sólo subes tú y de la casa no ha podido salir...Mira otra vez y ahora va papá a ayudarte, cariño.

-Vale, pero que no tarde, no me gustaría que se perdiera, además es Polimnia y si no la encontrara entonces perdería el recuerdo del viaje de papá a Atenas.

Yo seguí buscando, pero no encontré nada, solo un par de muñecas que creía perdidas. Mi padre subió a ayudarme con la búsqueda, pero tampoco vio nada ahí arriba. Los dos nos tumbamos en una manta que eché al suelo y

miramos un rato el cielo azul por la ventana que hay en el techo del desván. No te preocupes, me dijo, seguro que estará donde menos te lo esperes.

El silencio invadió aquella habitación, las nubes empezaron a ser cada vez más oscuras y el Sol cada vez brillaba menos, parecía que iba a empezar a llover en cualquier momento y yo igual que el tiempo entristecí. A mi padre no le gusta que este triste y siempre intenta animarme de alguna manera, aunque sea muy difícil.

-Para el Sol siempre es de noche y aun así sigue brillando día tras día, aunque vengan mil tormentas juntas, ¿recuerdas? Tú misma me dijiste eso cuando tuve el accidente.

-Papá, no sé qué haría si no estuvieras aquí.

Estuve pensando un largo rato en lo que me gustaría ser en un futuro, pero nunca consigo decidirlo, supongo que será porque aún me queda mucho que vivir para tenerlo claro, aunque sea algo tan fácil.

No sé en qué momento me quedé dormida, soñé algo pero no recuerdo muy bien qué. Desperté y vi una ligera sombra, pero mi padre ya no estaba, no le di importancia hasta que miré hacia la cajita y vi que faltaba otra de las musas, Erato, la musa de la pesia lírico-amorosa. Esto ya me estaba empezando a mosquear y decidí dar una vuelta por toda la casa para buscar a mis musas y ver si había alguien más allí, aunque era algo prácticamente imposible. El cielo seguía igual, de un tono grisáceo y rojizo, parecía que en cualquier momento se iba a caer, dejando ver un poco más allá, que algunas veces es muy necesario para poder ver lo evidente.

Mi vuelta por la casa sólo me llevó a tres conclusiones: la primera era que quizás todo tuviera una razón coherente; la segunda que tal vez me estuviera obsesionando demasiado con eso; y la tercera que mi casa era muy grande para cuatro personas. También me di cuenta de que hay muchas veces que callamos por el miedo a que nuestro corazón hable demasiado, pero esas son cosas que al final tendrán su sentido.

No tardó mucho en anochecer, mi hermana, mamá, papá y yo nos sentamos a la mesa para cenar, pusimos la tele para ver las noticias sobre el tiempo, pero esa noche no daba tormenta, solo un poco de viento que terminaría enseguida. Después de cenar quitamos la mesa entre mi hermana y yo, y todos nos sentamos en la sala de estar para ver una película y comer unas palomitas. Ese era nuestro plan de casi todos los días, ya que yo no tengo más amigos aparte de Lea y mi hermana es muy pequeña.

Eran las once y cuarto de la noche, más o menos, cuando la luz se fue de repente, la película se quedó a la mitad, miré a mamá y vi que estaba dormida, papá parecía que también aunque habla un poco en sueños y Emma, mi hermana, también se había quedado dormida al lado del fuego de la chimenea que ya se había consumido. Yo también tenía sueño y cerré un par de segundos los ojos hasta que oí un ruido muy extraño sobre mi cabeza, miré a mi alrededor a ver si alguien más lo había escuchado, pero todos seguían

durmiendo como angelitos. No le di ninguna importancia y volví a cerrar los ojos, pero entonces escuché como unos pasos avanzaban rápidamente por encima de mí.

-¡Las musas! -pensé-.

Decidí no despertar a nadie e ir a echar un vistazo al desván, todo estaba muy oscuro así que fui como pude al armario de la entrada y saqué una linterna de papá para poder ver algo, cogí una raqueta de tenis por si me encontraba con algo raro. Después de prepararme me dirigí hacia la escotilla que llevaba al desván y la bajé. Subí muy despacio y una presión enorme invadió todo mi pecho, me costaba respirar y entonces recordé que mi abuela siempre decía que si tenía miedo cantara alguna canción y eso hice, empecé a tararear una melodía muy pegadiza.

Me armé de valor y subí del todo, una vez dentro, y con la voz temblorosa, pregunté si había alguien y como es normal nadie respondió, alumbré con la linterna en todas direcciones y de repente vi una pequeña sombra que rodeó todo el desván.

-¿Quién anda ahí? –grité-.

Como es normal otra vez no obtuve respuesta, cogí la cajita de las musas para ver si faltaba alguna más, las restantes seguían ahí, lo que me extrañó aún más porque no resolvía el misterio de por qué me faltaban dos, me senté en un taburete viejo que no sé ni porqué estaba ahí, una gran nube de polvo salió de él y yo estornudé casi al instante.

-Salud –dijo una vocecilla que venía de detrás del antiguo tocador de mi abuela.

-Gracias –dije automáticamente sin pensar en lo que acababa de ocurrir.

Justo en ese instante me di la vuelta bruscamente y corriendo alumbré el tocador apuntando en todas direcciones con la raqueta esperando ver algo totalmente extraño, pero nada, no había nada y mucho menos nadie. Me cansé de hacer la loca y me senté, o más bien tumbé en la misma manta que por la tarde había echado al suelo para mi padre y para mí, estaba muy cansada aunque ya había dormido un rato.

Se había despejado y el cielo estaba precioso con tantas estrellas, de vez en cuando pasaba alguna fugaz, pero apenas la podía ver de lo rápido que iba hacia ninguna parte. Eso de nuevo me dio mucho en qué pensar, las cosas pasan muy rápido y pueden cambiar de un año para otro, en un día o incluso en un abrir y cerrar de ojos...

Me pregunté más de cien veces que habría sido esa voz que había escuchado, quizás hubiera sido alucinación mía, o tal vez no. Tenía muchas preguntas sin respuesta, no sabía qué hacer allí sola, decidí levantarme para bajar aunque algo me mantenía allí, era la curiosidad.

Estuve un rato más allí tumbada viendo cómo pasaban algunas estrellas y decidida a pedir un deseo cuando pasara otra, me dio rabia porque iban demasiado rápido, apenas me daba tiempo a verlas aparte de lo cansada que estaba, y el estar tumbada no ayudaba mucho.

Entonces vi una estrella un poco más grande que el resto, seguía sin saber que pedir, finalmente cerré los ojos y pedí un deseo, sé que es muy difícil que los deseos de todo el mundo se cumplan, pero siempre debemos tener esperanzas.

Si lo digo no se cumplirá así que ya lo sabréis más adelante, si se cumple, claro.

Estuve menos de dos segundos con los ojos cerrados, los abrí y entonces vi como la estrella cada vez se hacía más y más grande, parecía como si se acercara cada vez más a mí, pero eso era imposible, y pensé que sería el cansancio hasta que la vi justo encima de mí y me paré de un salto, parecía que iba a salir volando cuando impactase contra la casa. En ese momento no me salió del cuerpo ni un murmullo de lo nerviosa que estaba, un montón de cosas pasaron por mi mente. Justo en el instante en el que pensé que era el fin de todo sentí una especie de tranquilidad que comenzó con un escalofrío.

Un destello de luz entró por la claraboya deslumbrándome. Cuando por fin pude abrir los ojos vi una gran estela dorada que la atravesaba verticalmente cayendo sobre la cajita, alumbraba todo el desván y prácticamente toda la casa, no sé como mis padres y mi hermana no se despertaron...

Estaba en estado de shock y con las piernas temblorosas cuando cogí la caja y la abrí, dentro había un sobre con una letra muy rara que me costó leer, en él ponía: para este mensaje leer debajo del oro poner. Alucinando aún de lo que estaba pasando no sabía a qué se refería, probé con uno de mis pendientes, lo puse encima esperando que algo asombroso apareciera, pero nada.

Tranquilidad, pensé, me paré un segundo a pensar y me di cuenta de que no había nada más dorado que la estela de la estrella que alumbraba todo cuanto podía ver. Rápidamente puse la carta bajo el rayo de luz apartándolo por un momento de la caja, de repente unas letras también doradas y muy extrañas iban apareciendo a medida que iba moviendo el papel bajo el destello.

Pude leer un mensaje oculto, en el que ponía: vos sois la única que falta y la única que las puede encontrar, por favor venid enseguida, no tenemos mucho tiempo.

Aún con la boca abierta por no creer lo que estaba pasando le di la vuelta a la carta y la volví a alumbrar con cuidado, no ponía nada más. Estaba muy indecisa pero pensé que si yo estuviera en apuros me gustaría que alguien viniera a ayudarme. Me decidí, cogí una mochila de papá que había en el desván y metí la raqueta, la linterna y una botella de agua medio llena que dejó ahí mi padre por la tarde.

Cogí todo lo que necesitaba o creía necesitar dispuesta a ir a dónde hiciera falta, pero cuando me paré a escasos centímetros del rayo de luz me di cuenta de que no sabía cómo ir o hacia donde... Segundos más tarde, después de estar mirando fijamente aquello que se mostraba frente a mí, y aún con el corazón en vilo, alcé la vista deslumbrada por la belleza de los escalones de polvo dorado que iban apareciendo delante mío fruto del rayo estelar.

Me temblaban las manos y las piernas, pero mucho más el alma, no sabía a qué me iba enfrentar y mucho menos a quién tenía que ayudar.

Subí las escaleras muy despacio y con mucho cuidado, llegué al final y allí encontré una puerta de oro macizo con dibujos azules y verdes preciosos, intenté empujar aquella puerta, pero no se abrió. Miré hacia arriba buscando alguna forma de poder entrar y vi que sobre la puerta había un pequeño cartel en el que ponía: para poder entrar debes volver hacia atrás.

Me di media vuelta dispuesta a bajar de nuevo pero entonces la escalera empezó a desaparecer, quise agarrarme a la puerta pero una fuerza me soltó de ella, no pude resistir y finalmente caí a una especie de vacío, no recuerdo nada, solo que me dormí y de repente sentí frío y algo que me pinchaba repetidamente por toda la cara y las piernas.

Abrí los ojos despacio porque no sabía qué clase de cosa o persona me iba a encontrar justo encima, pero cuando los abrí no había nadie ni nada, alcé la vista y puedo decir con total seguridad que aquel era el lugar más hermoso jamás visto, a mis pies un inmenso campo de preciosas rosas azules, toda clase de animalitos vivían en él, vi una madre pájaro enseñando a volar a sus polluelos y una ardilla saliendo de su casita en el hueco de un gigantesco árbol que parecía que unía la tierra con el cielo, me miraba muy extrañada, la vista sólo me llegaba hasta las montañas que habían frente a mí, pero algo me decía que de cosas maravillosas iba a ser testigo aquel día, las nubes parecían sacadas de un libro, un aroma a flores silvestres y dulces me invadía, pero yo aún no sabía que hacía en aquel lugar al que, sin embargo, me atrevería a llamar casa.

Me levanté del suelo y quedé exhausta unos segundos, entonces descubrí un arbolito o tal vez hierbajo muy extraño que cambiaba de lugar constantemente, saqué la raqueta de mi mochila y me fui acercando muy despacio.

Volví a ver como se movía justo a mis pies y pude oír una pequeña respiración agitada muy curiosa, retrocedí unos cuantos pasos para dejar espacio y entonces no sé cómo me atreví a preguntar...

-¿Quién anda ahí?-pregunte con voz tímida- ¡Voy armada y no tengo miedo a usarla! Así que sal ya.

-Vale, vale ya voy, no me haga daño enseguida salgo señorita.

Estaba extrañada, pero ya después de todo lo que me había pasado me esperaba cualquier cosa, bajé la raqueta y entonces lo que parecía un arbusto comenzó a transformarse en una personita muy rara, tenía las orejas puntiagudas, una nariz un poco grande, el pelo le llegaba por los hombros que eso en mi estatura es por la cintura, bajé la vista y vi que sus pies estaban descalzos, no creo que hubieran zapatos para oso, ni allí ni en ningún lado, también tenía mucho pelo por debajo de las rodillas.

-Pe...pe...pero ¿Tú qué eres?

-Señorita un respeto que yo a usted no la he faltado, además yo no soy quién va apuntando a la gente con cosas...

-Perdona, tienes razón, me debería haber presentado. Mi nombre es Clío y estoy aquí porque recibí o más bien encontré una carta que decía que solo yo podía ayudarlas...No sé a quienes, pero tenía mucha curiosidad.

-¡Haberlo dicho antes! Señorita yo fui quien escribió esa carta, mi nombre es Zinto y yo fui a su casa a buscarla y a intentar ayudar a sus musas que están desapareciendo, tengo muchas cosas que contarle. Yo soy un Lorich, los Lorichs somos hombrecillos que descendemos de duendes irlandeses, como ya habrás visto mis piernas son de oso, tenemos muy buen oído y somos capaces de transformarnos en todo lo que toquemos y además también podemos dar vida a cualquier cosa.

A lo que íbamos, yo voy a ser vuestro guía en todo el viaje por Merix y os ayudaré en todo lo que se me permita.

-Espera, espera, ¿Os ayudaré? Si sólo estoy yo...

-Por ahora señorita, ¿me permite la cajita de sus musas? porque las ha traído ¿verdad?

-Sí, claro –dije recogéndolas del suelo ya que se me habían caído al aterrizar en aquel lugar.

Se las di, las puso en el suelo todas en fila, y entonces dijo unas palabras muy raras que parecían una especie de conjuro, tardará un poco, me dijo, mientras se ponía rojo, son muchas.

Poco a poco vi como cada una de mis musas iba creciendo y volviéndose de carne y hueso, estaba alucinando y mucho más incluso...Una a una fueron apareciendo frente a mí, la primera en aparecer fue Calíope, ella es la mayor de todas, es la musa de la elocuencia, belleza y poesía épica, seguida apareció Euterpe, musa de la música, especialmente de la que se toca con la flauta, seguidas fueron Melpómene y Terpsícore la musa de la música de la tragedia y la musa de la danza y la poesía coral y, por último, fueron Urania, la musa de la astronomía, poesía didáctica y las ciencias exactas y Talía que ya os lo dije antes.

Todas y cada una de ellas eran absolutamente preciosas, todo lo contrario a las figuritas de porcelana. Urania, Talía y Calíope eran morenas y las demás rubias, tenían unos ojos preciosos y cada una tenía un poder diferente.

Urania puede ver más allá de las montañas, es más, podía ver cualquier parte del mundo, Talía tiene el poder de escuchar cualquier conversación de cualquier rincón del planeta, Terpsícore puede viajar a cualquier lugar en cuestión de segundos, Melpómene es capaz de leer la mente a cualquier persona o ser con alma, Calíope tiene el poder de estar en varios sitios a la vez y Euterpe puede adquirir la forma de otra persona con solo mirarla.

Eran asombrosas, Zinto empezó a chasquear los dedos frente a mí y a preguntarme si le estaba prestando atención, lo cual era un poco difícil en aquellas circunstancias.

Se presentaron todas y después de estar hablando unos minutos sobre las extrañas desapariciones apareció un hombrecillo muy raro a lomos de un caballo muy peculiar, solo tenía tres patas. El hombrecillo se fue acercando poco a poco y conforme se acercaba vi que llevaba en la mano un cuenco con algo muy parecido a una sopa, pero olía un poco extraño, se acercó del todo y justo delante nuestro metió su puntiaguda y fea nariz dentro del cuenco, le dio un par de vueltas y se la bebió de dos tragos.

-Hola soy un duende bergfolk, mi nombre es Glón y no he podido evitar escuchar vuestra conversación, no sé si tendrá algo que ver pero hace un rato he visto pasar a Janara y Masciara con dos hermosas muchachas que parecía que iban en contra de su voluntad y dijeron algo de que dentro de poco ella volvería con muchas más fuerzas y volverían a ser las reinas de Merix. Ahora debéis darme algo a cambio de la ayuda que os he prestado.

-Muchas gracias –dije yo- sin saber que darle a aquel hombrecito narizudo. Entonces Zinto dio un paso adelante, sacó una pequeña monedita que parecía ser de oro, se la dio al hombrecito y este se despidió con una frase muy curiosa...

-Mucho cuidado con lo que hacéis que sino, no volveréis.

Todos nos miramos tragando saliva, echamos a andar ya que para ir a cualquier sitio teníamos que cruzar todo el campo de rosas azules.

-¿Y ahora qué hacemos?-pregunté.

-Ahora señorita vamos a rescatar a nuestras amigas de las garras de esas brujas-dijo Zinto sin pelos en la lengua- para poder llegar a su reino debemos atravesar las montañas, cruzar el valle de los no deseados, pasar el acantilado de las fenettes y finalmente entrar en los confines del reino de hierro, que es el lugar donde viven las criaturas más desagradables, mentirosas y despiadadas de estas tierras y todo eso lo tenemos que hacer sin morir señorita.

Yo creo que en ese momento enmudecí y un escalofrío recorrió toda mi espalda hasta llegar a la punta de mis dedos. Sólo se me ocurrió decir vale y eso dije.

Nos pusimos en marcha, durante el camino estuve pensando mucho en porqué me habían elegido a mí, si yo solo soy una chica cualquiera, si no sé ni que quiero ser de mayor. Yo no me veía capacitada para aquello, pero tenía que tener esperanzas en mi misma....aunque fueran pocas.

Estuvimos andando durante un par de horas hasta que comenzó a anochecer, decidimos acampar a los pies de un gigantesco árbol de flores anaranjadas, sus hojas parecían de terciopelo y es más, su tacto era similar a este. Hicimos un fuego un poco más adelante y todos nos sentamos alrededor.

Zinto sacó unas cuantas frutas muy raras de su bolsa de cuero verde y nos las dio para que comiéramos algo. Cada vez oscurecía más y un cielo espectacular se dejó ver ante nosotros.

-Wow, ¡esto es precioso! –dije con la boca casi abierta- no me importaría vivir aquí la verdad.

-Pues mírelo bien señorita, mañana cruzaremos las montañas y ahí detrás no todo es tan bonito, podemos encontrar desde paisajes de un sueño hasta abismos en los que si caes tardarías al menos 50 años en llegar al fondo –dijo Zinto muy seriamente-.

-Deberías de ser más positivo, somos capaces de hacer cualquier cosa si tenemos buenos amigos al lado –dije yo estirando los brazos e intentando abrazar a todas mis nuevas amigas-.

Todas ellas me devolvieron el abrazo.

-Clío tiene razón –dijo Urania-. Anda ven aquí y danos un abrazo tú también gruñón.

Muy a su pesar y después de reprochar un par de veces se acercó muy despacio y nos abrazó, sentí un cosquilleo en el estómago, nunca había abrazado a tantas personas distintas y mucho menos a la vez, era una sensación fantástica.

Entonces sentí algo caer sobre mi cabeza, lo recogí del suelo y vi que era una especie de manzanita roja, miré hacia arriba y entonces los vi, era un pequeño pueblecito en miniatura que vivía en aquel árbol y que no podían dormir debido a nuestras voces.

Nos quedamos callados para no molestar, yo me tumbé en el suelo poniendo mi mochila de almohada y pasados unos segundos vi como un montón de luces se encendían unas detrás de otras en el árbol, eran de las pequeñas casitas, parecía un árbol de navidad y era incluso mucho más bonito.

Me costó mucho coger el sueño debido a la adrenalina que se acumulaba en mis venas, y a si mis padres estarían preocupados, pero al final me dormí mirando aquel cielo que parecía abrazarme.

La noche pasó muy lenta, pero finalmente amaneció en aquel hermoso lugar, los rayos del Sol iban alumbrando, poco a poco, la cima de las montañas, los animalitos iban saliendo de sus casitas para empezar un nuevo día y mis amigos aún seguían dormidos. Decidí llamarlos para ver que hacíamos ahora y hacia donde seguir.

Una vez todos despiertos y con el estómago vacío retomamos el viaje hacia las montañas, andamos un buen rato, cada vez quedaba menos para llegar, apenas teníamos que andar unos diez minutos y estaríamos allí.

Íbamos hablando e ideando un plan para rescatar a nuestras amigas, que yo aún no conocía.

Llegamos a las montañas, nos paramos a reponer fuerzas un rato, no teníamos nada que comer, pero entonces vi un arbolito muy parecido a uno que tenía mamá en el jardín, era un granado, mamá siempre recogía las frutas por estas fechas, y entonces pensé que no estaría mal coger alguna para poder tomar algo y poder seguir.

Me acerqué a coger una y cuando estaba a punto, Zinto me paró.

-¿Pero qué haces? ¿Sabes que eso es un grimo? Sus frutos son muy raros y nadie los ha probado nunca porque según las leyendas son muy venenosos, no vas a ser tú la primera en hacerlo señorita, la necesitamos con vida para el viaje.

Me asustó un poco la verdad, pero eso era imposible, yo había comido esas frutas desde que era una niña y además están riquísimas. Me volví a inclinar y antes de que Zinto dijera nada cogí una.

-No es venenosa, y además nos va a ayudar a seguir con más fuerzas, yo las he comido montones de veces y en el lugar del que vengo se llaman granadas, y el árbol es un granado, no eso tan raro que has dicho tú....-dije yo con aire de sabionda.

Zinto estaba preocupado porque creía que me iba a pasar algo, pero no fue así, la pelé como pude y comencé a comerme los granitos, les ofrecí a mis nuevas amigas, y aunque Zinto intentó convencerlas de que no era seguro ellas aceptaron porque estaban muertas de hambre. Al rato y tras mucho insistir Zinto terminó probándolas y de hecho le encantaron, decía que era una de las frutas más deliciosas que había probado jamás. Cogió un par y las metió en su bolsa.

No sabíamos de qué forma íbamos a atravesar las montañas, tardaríamos días en pasarlas andando y no sabíamos el tiempo que aguantarían Erato y

Polimnia, además tampoco sabíamos muy bien que pretendían hacer con ellas, aunque seguro que nada bueno...

-No sabemos cómo cruzar las montañas, y yo ya no sé que más hacer, este no es mi lugar...-dijo desesperada.

-Este siempre será tu mundo –dijo Talía-. Y nosotros siempre formaremos parte de él.

No me dio tiempo a responder a aquello tan emotivo que dijo Talía.

De repente apareció una gran sombra sobre nuestras cabezas y sentimos un viento muy fuerte que nos movía hacia los lados, alzamos la vista, pero el Sol apenas nos dejaba ver una gran silueta con una larga cola.

-¡Tapaos los ojos! -dijo Zinto- ¡Agachad las cabezas o moriréis petrificadas, es un basilisco!

Rápidamente hicimos lo que nos dijo, corrimos hacia una cueva cercana para escondernos, estuvimos en silencio un rato para que no nos encontrara, al poco tiempo Zinto salió a ver si se había marchado, ya no estaba, cuando entró nos contó que un basilisco petrificó todo el pueblo de sus antepasados y que solo su abuela quedó con vida, porque en ese momento estaba con su hijo pequeño recogiendo seda, cuando llegaron se encontró con su familia convertida en roca, y ella sola tuvo que criar a su padre. Los ojos de Zinto comenzaron a cristalizarse y yo no pude evitar darle un abrazo...

Fue una historia muy triste, pero entonces, cuando estábamos a punto de salir, todos el basilisco metió su gran cabeza dentro de la cueva y un olor a hiedra venenosa la invadió, yo rápidamente me tapé la nariz y la boca con la mochila.

-¿Que osáis hacer en mis tierras? Nadie jamás ha pasado por aquí.

Asombrosamente miré al basilisco a los ojos, vi un color rojo fuego que me hacía ver llamas en su mirada, y entonces... Nada, no pasó nada, me toqué la piel y seguía siendo de carne y hueso. Les dije a todos que podían mirar, pero no me hicieron caso, es más, creyeron que estaba loca.

-Solo aquellos que no tienen miedo a morir pueden mirarme a los ojos sin ser petrificados -dijo el basilisco moviendo su larga cola de serpiente de un lado a otro.

-Vos sois la única persona que ha osado desafiarme con la mirada, en mis ojos el fuego y los vuestros el mar, un mar capaz de apagar el fuego de mil volcanes. Estoy a vuestros pies, pedid lo que queráis y os será concedido.

Muy dispuesta y sin palabras después de lo que me había dicho aquel ser espectacular, pero a la vez escalofriante, le pedí si nos podía llevar al otro lado de las montañas volando y él, sin dudarlo aceptó, mis amigos no querían por miedo, pero entonces se me ocurrió una idea.

-Cierra los ojos y yo te guiaré por el cielo –dije- seré tu guía.

Me hizo caso, todos nos subimos encima de él y echó a volar. Pude ver cosas asombrosas desde allí arriba, pero Zinto tenía razón, detrás de las montañas todo era más oscuro, no se veían pájaros ni flores, era un lugar frío y sin duda solitario.

De repente algo inquietó al basilisco y dijo que no nos podía llevar más allá, lo guíé hasta un lugar despejado en el que podía parar y así lo hizo. Le dije que no debía de tener miedo, que cuanto más valientes nos creemos más lejos conseguimos llegar y le di las gracias, él me las dio a mí de vuelta y me dijo que era muy valiente y que él también lo sería algún día.

A partir de ahí seguimos a pie. Nuestro próximo destino era el valle de los no deseados, no sabía por qué se llamaba así, no era un nombre muy bonito, pero supuse que su significado tendría.

Zinto dijo que no estábamos muy lejos de allí y continuamos por un atajo que nos llevaría antes hasta el valle, había muchos árboles secos y estanques en los que apenas se podía ver el reflejo. Supongo que todo tiene su cara oculta...

Llegamos después de dos horas aproximadamente y aquel lugar estaba muy oscuro, era solitario, pero sobre todo desolador, era un lugar en el que se respiraba la inquietud.

Un anciano muy bajito salió de una cueva que había bajo un árbol seco, intentó intimidarnos diciendo que cosas horribles nos pasarían si no nos marchábamos pronto de allí, entonces bebió una especie de brebaje que llevaba en un frasco de cristal bastante sucio, nos ofreció un poco, pero Zinto nos advirtió de que era veneno de víbora, también nos dijo que era un croquileoso, por lo tanto vivía bajo un cementerio, lo que indicaba que nosotros estábamos sobre él en aquel momento.

El anciano pareció desmoralizarse un poco al ver que Zinto sabía mucho sobre él, se tranquilizó un poco y nos dijo suavemente que allí no había nadie enterrado, que vivía allí porque era una tierra y un bosque sin vida, al igual que todas las criaturas que vivían en él.

Muy intrigada le pregunté que por qué se llamaba así aquel lugar y por qué decía eso sobre las personas que vivían allí.

-Porque todos los que vivimos aquí no somos deseados en ningún lugar del mundo, no nos quieren tener cerca porque hacemos cosas fuera de lo normal... -dijo con la cabeza baja-. Somos los no deseados.

Yo le dije que le entendía perfectamente.

-Me he pasado así la mitad de mi vida, pero si algo he aprendido este último día es que si dejas que te pisén lo harán. Yo sé que las personas me miran, aunque no me ven, pero la solución no es hacerse aún más pequeño, tenemos

que hacer lo correcto aunque no sea lo que hace todo el mundo hace, tenemos que hacernos gigantes aunque seamos muy pequeños en este mundo. –dije muy emocionada y sin pensar apenas-.

Una sonrisa de ilusión y esperanza iluminó todo su rostro, juraría que hasta el color de sus ojos cambió, en el fondo aquel anciano era una persona dulce y cariñosa, solo necesitaba un poco de cariño para poder demostrarlo.

Nos acompañó hasta el final del valle y allí se despidió de nosotros, nos dijo que él y todas las criaturas de aquel valle cambiarían gracias a mí, me encantó escuchar eso, sentí que quizás hubiera ayudado a alguien a conseguir eso que a mí me costaba tanto.

Nuestro próximo destino era el acantilado de las fenettes, ya era un logro haber llegado hasta allí, pero aún nos quedaba viaje.

Estuvimos andando un rato hasta que llegamos a lo que parecía una playa, allí descansamos un rato, mientras tanto Zinto nos explicó que las fenettes son hadas que viven cerca de los lagos o acantilados y quién las ve le presagia un año de vida y después un final horrible.

Sentados en una roca vimos a lo lejos una silueta a caballo que se iba acercando velozmente y nos pusimos en pie.

Conforme se iba acercando pudimos ver que era una persona, un chico en concreto. Se acercó del todo y se presentó.

-Hola, mi nombre es Alexey, ¿qué os trae por estas tierras?, ¿cómo os llamáis? -dijo sin apenas coger aire.

-Ho...hola yo soy Clío- dije con la boca casi abierta al ver que era prácticamente igual que Axel y además se llamaba muy parecido. Estamos aquí porque tenemos que ayudar a Euterpe y Polimnia, las brujas las han secuestrado.

Todos los demás se presentaron y yo seguía tan asombrada que casi no me di cuenta de que él también me estaba mirando. Le pregunté si vivía en aquel lugar y me dijo que si, luego muy extrañada le pregunté si nunca había visto a una fenette y su respuesta me asombró...

Dijo que cuando tenía 13 años quedó huérfano y buscando un lugar en el que poder vivir vio una, la cual decidió cuidarlo hasta que llegara su fin, pero este no llegó debido a que esta se enamoró y sacrificó su vida por él. Desde entonces puede verlas sin morir. No creí que eso fuera verdad, pero después pensé en el basilisco y no me extrañó tanto. También nos dijo que él creía saber para qué querían las brujas a nuestras amigas.

-Hay rumores de que quieren devolver a la vida a Black Annis, un caballero rompió su corazón de piedra hace años, por eso la necesitan a ella también – dijo señalándome- debemos protegerla, yo me ofrezco para ello, si la Reina de la oscuridad vuela se apoderaría de todo cuanto conocemos, sus uñas son de

hierro, es caníbal y tiene el poder de meterse en los sueños de cualquiera y cambiarlos, poniéndoles en contra hasta de sus propias familias.

-¿A mí? ¿Por qué? ¿Caníbal? ¿Alguien me explica todo esto?

-¿No lo sabe? -preguntó él-. Deberíais decírselo ya.

Zinto me explicó que yo era la última, la última musa de Apolo, Clío, la musa de la historia, que llevaban años buscándome y me encontraron unos días antes de que comenzaran las desapariciones, lo cual quiere decir que las brujas seguían sus pasos y posiblemente lo estén haciendo ahora también. Me enfadó que no me lo dijeran antes, pero supongo que sería para no ponerme en peligro, estuve hablando un largo rato con ellos para que me lo aclarasen todo. Terpsícore me dijo que yo tenía el poder de ver el pasado, el presente y el futuro y cambiarlo una vez al año. En aquel momento casi me desmayo, tenía que aprender a usar mi poder.

Le pedimos ayuda para pasar el acantilado y sin pensarlo bajó del caballo de un salto y silbó todo lo fuerte que pudo. Dijo que nos llevarían hasta allí y en dos minutos una manada de caballos alados apareció frente a nosotros.

Subimos a sus lomos, parecía que entendían todo lo que Alexey les decía porque a sus órdenes subieron las alas y empezaron a correr velozmente, al principio no entendí porqué no volaban, pero luego me di cuenta de que las alas nos impedían ver a nuestros lados, apenas podíamos ver el frente, lo que impediría que viésemos alguna fenette.

Llegamos al final del acantilado, los caballos regresaron y nosotros continuamos con un nuevo miembro. Paramos a descansar un rato, yo preferí ir a dar un paseo, me encontré con un acantilado aún más alto y me puse justo en el borde, el viento cortaba mi respiración y el sonido de las olas era precioso.

De repente noté una mano que agarraba la mía con fuerza, como intentando salvarme, era Alexey, su mirada se clavó en la mía, tan dentro que noté como me acariciaba el alma, se inclinó hacia mí y me besó, soltó mi mano y entonces sentí que podía volar.

Yo no terminaba de creer lo que había pasado. Volvimos a donde estaban los demás y nos pusimos en marcha otra vez.

Faltaba poco para que anocheciera, apenas nos quedaban unos minutos para llegar al reino de hierro. Una vez allí entramos, pero justo antes de cruzar la puerta del castillo de Black Annis, aparecieron Janara y Masciara.

Masciara salió por la cerradura de la puerta del castillo y Janara salió volando por una ventana con sus alas de buitres, también tiene orejas de oso y una voz ensordecedora, le gusta chillar en los oídos de sus víctimas.

Me cogieron por la fuerza y me arrastraron hasta una de las torres más altas, mis amigos no pudieron evitarlo por los gritos de Janara. Allí estaban Erato y

Polimnia, enseguida me reconocieron, se preocuparon mucho por cómo estaba aunque fueran ellas las llevaban varios días secuestradas.

Me dijeron que la intención de las brujas era como decía Alexey, pretendían resucitar a su reina y para ello me necesitaban a mí principalmente, querían que yo volviera al pasado para evitar que su corazón de piedra fuera destruido y poder traerlo al presente sano y salvo y así empleando mi capacidad para poder cambiar el destino una vez al año. A Polimnia la necesitaban para cargar de energía el corazón y así poder hacerlo latir de nuevo y Erato tendría que retrasar su envejecimiento hasta hacerla inmortal, lo cual podría significar su propia muerte.

Pasadas unas horas y después de varios intentos de rescate de mis amigos de repente escuchamos un gran estruendo y una nube de polvo se levantó frente a nosotras, entonces un olor a hiedra que me resultó muy familiar se iba haciendo cada vez más intenso.

-¡Tapaos los ojos! ¡La nariz y la boca también, es el basilisco! –dije emocionada, sabiendo que venía a ayudar.

Me miró de nuevo a los ojos y me dijo que yo tenía razón, que el miedo no servía de nada, yo le respondí que en realidad sí sirve, sirve para enseñarnos que hay cosas difíciles, pero que nosotros somos capaces de hacerlas, porque si no le tememos al miedo, el miedo es capaz de temernos.

Preocupada le pregunté por cómo estaban los demás, me dijo que a salvo, antes de aterrizar había estado sobrevolando el castillo para que lo vieran, le di las gracias unas cien veces.

Salimos fuera y allí esperamos a que vinieran las brujas, las dos se pararon justo delante nuestro afirmando que no le temían, Janara estaba dispuesta a hacerlo ensordecer, pero entonces el basilisco se puso de pie, su sombra alcanzaba cuanto podíamos ver y advirtiéndonos antes de que nos tapásemos los oídos con todas nuestras fuerzas lanzo un chillido de águila que con total seguridad se escuchó más allá de las montañas.

Masciara se asustó tanto que al volver a mirar al basilisco a los ojos se petrificó.

-¡Cobarde! –dijo Janara, maldiciendo a la otra bruja- ¡Ahora me marchó pero os prometo que volveré! Y os arrepentiréis de haber puesto un pie en el reino de hierro. Desapareció en la oscuridad de la fría noche.

¡Triunfamos! ¡Al final triunfamos! Después de tanto esfuerzo y tantos apuros lo conseguimos, mi ahora gran amigo el basilisco se marchó después de agradecerle todo lo que había hecho por nosotros y todos mis compañeros de viaje aparecieron. Zinto estaba muy emocionado de ver que lo habíamos logrado y nos abrazó a todos, de nuevo sentí ese cosquilleo en el estómago y entonces fue ahí cuando me di cuenta de que no solo existen los lugares fantásticos, sino también las personas fantásticas.

-¡Nos veremos pronto! –dijo Alexey, dándome un beso en la mejilla y abrazándome fuertemente.

-¡Lo logramos señorita! –dijo Zinto abrazándome también con todas sus fuerzas- ¡Espero que nos volvamos a ver pronto!

Una a una todas mis amigas me dieron las gracias y me dijeron que conmigo estaban en buenas manos, y yo prometí que las cuidaría siempre... Todas se cogieron las manos formando un círculo y conmigo en el centro Zinto comenzó a pronunciar unas palabras en fenicio.

De repente caí en un sueño muy profundo y cuando desperté estaba de nuevo en el desván de casa, a mi lado la cajita de las musas con todas ellas, y con todas me refiero a que también tenía a Clío. Aquel tiempo aprendí mucho y mi deseo se cumplió, ya no tenía miedo... Estaba decidida a comerme el mundo, este y el que fuera claro...

Al final sí que usé mi poder, en algo que realmente sí merecía la pena, pero esa queridos lectores es otra historia, que quizás muy pronto tenga el placer de contaros, pero mientras tanto sed tan felices que no sepáis si vivís o soñáis...